

TIPO REFERENCIA: Papeles

TÍTULO: **Los comentarios (edición)**

AUTOR: Godofredo Iommi

EDICIÓN: --

PÁGINAS: 17

IMÁGENES: 17

FORMATO: 21 x 29 cm.

LUGAR: París

FECHA: 1978

COLECCIÓN: Poesía

FONDO: Iommi-Amunátegui

CONJUNTO: Carpeta Cartón

NÚMERO INGRESO: 002

NOTA EDICIÓN: Se trata de una primera edición mecanografiada del poema; contiene anotaciones manuscritas e indicaciones para la edición impresa. Existe una edición del poema en el libro *Comentarios y Cadencias* [Viña del Mar 1980]. Se mantiene, en la transcripción, los cortes de palabras y la estructura que el documento propone para el poema.

CLAVE: Iommi / Poesía / Iommi-Amunátegui / Carpeta Cartón /  
Los comentarios (edición) / 1978 / 002 /

CÓDIGO: **IOM-POE-IAM-CAC-COM-978-002**

Godofredo Domínguez

UN 11M

LOS COMENTARIOS

EH

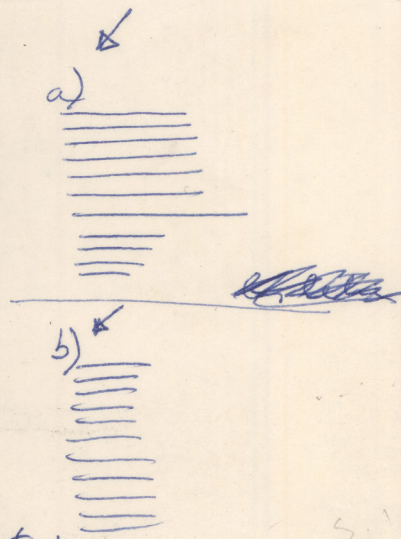
a)

La admisión se expande  
en los muebles. Su cabellera  
alarga el espejo, los pies  
seducidos del alma.

Sin espacio  
sin estrofas.

X  
Su memoria, avanzada  
en lo improbable, palpa la  
gozosa tentativa del cuerpo.

X  
Desnudas alumbran el  
pórtico y la campiña  
retira su distancia.

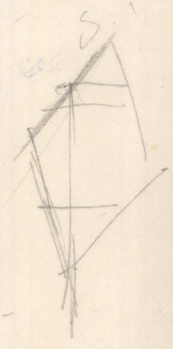


6,4  
1,4  
2,8

6,4  
1,6  
80

Comegin <sup>texto</sup> original

ha \_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_



77

b)

La piedra se guarda inminente,  
se despegan los bordes  
por donde sale el sueño.



Una casa roza su propia apa-  
riencia, se reúne en animal  
de alabanza .



Otra sonrisa mueve los círculos  
del sigilo; la increíble aventura  
del retablo.

c)

A vista plena no eran  
posibles las coincidencias.



Las densas direcciones del  
condado confiaban en sus  
distingos, en los espejos  
desconocidos.



La rueda sobrelleva una delicadeza  
que ningún soldado soporta y en  
cualquier parte del rigor abre su  
camino.



Había que acceder simultáneamente  
a la exclamación del hecho con la  
risa múltiple del elogio.



En la espesura inicia sus sentidos.

d)

La repetición excluye su  
sombra, figura ideal y calen-  
daria del acento.



Una conducta de umbral em-  
bellece sus palabras, el oleaje  
acidulado de un retorno y  
un eco alienta los gajes del  
viento.



Ella giró apenas la cabeza  
- sus columnas - antes del  
himno.

e)

Sus murmullos tejen el  
agua libre de sus brazos.  
El sol deshace los días  
en aquellas reservas y  
echa a los pájaros su  
confidencia vespertina.



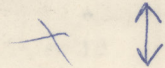
Súbita su luz despliega  
el encaje y, de un filo,  
devuelve el oro a sus en-  
tierros.



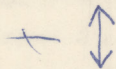
Sus manos dilatan las eda-  
des.

f)

Una displicencia duerme  
en la invitación; las  
huertas sordas del alma  
se hunden bajo el paso;  
la realidad se desnuda  
en el río.



En la traición arde la  
joya del reconocimiento,  
la mirada final de las  
estatuas, la sangre que  
detiene la amistad sobre  
sus labios.



El alba construye esta  
denuncia y la ilusión  
se apodera del proceso.

g)

El sueño fragua su  
propio rito como el  
furor su lujo en el  
juicio.



Los restos de la voz  
riñen la palabra  
escondida en la maes-  
tría. El frío inunda  
el temor de la lám-  
para y la noche es-  
talla en su gallo.



Un asentimiento, para  
siempre, distrae los ofi-  
cios y la mirada presta  
sus lágrimas a un eco.



h)

Esta jornada resumida en  
sienes, su frase posa los  
dedos y el desplante de un  
fin en los balcones.



El alma desprende sus arcos,  
la ciencia veloz del sueño en  
la inocencia, el patio entero  
de una pregunta. Su pelo  
retiene esta tarde incompre-  
ensiva, una penumbra desliza  
su caso y la verdad tiembla  
en el rango de su pulso.



Tu mirada madura los cuerpos,  
pero otro mar extraviado  
en el desprecio y la tenue  
distracción del gesto en el  
suplicio.

i)

Un azar disemina la mano,  
la copa involuntaria del ca-  
mino. La admonición levanta  
el aceite y deja los cuer-  
pos al adviento.



La figura declina y suel-  
ta sus perdones y en la piedad  
de sus senos una cara  
encuentra su imagen.



Otro calor anuncia las  
bandadas del deseo.

j)

La paz trabaja los finales,  
el acantilado cruel de las  
ofrendas. Las ropas asesinas  
del martirio mueven la  
oscura legalidad del cuer-  
po, un número izado a su  
cifra.



La libertad regala al otro su  
silencio - en su sed se ahoga  
el desierto del sueño. Pero  
la luz sale de una herida  
hacia el lado del viento -  
sus vínculos cálidos nos en-  
vuelven las rodillas.

k)

Una desapercibida cortesía quita  
la tarde. Ellos soltaron sus  
armas como bordes antojadi-  
zos (la recreación oscura del  
reino).



Es un relato urdido por la car-  
ne y los antiguos vendajes del  
aliento - una arquería de  
brazos en alma cuya blan-  
cura advierte la estación  
pronta y enigmática.



Pero ella se detuvo incompren-  
siva. Muda pupila en la  
dispersión sin recatos, los  
oficios del follaje tienden el  
secreto.



Ciega, precisa y rica, de pie  
sobre el lago. No me toques.

1)

Otro paso cerraría su pie  
de oro invisible en el tor-  
mento o en la avidez  
de la cita.



Sin restos, sus ojos solos  
en la voluptuosa humedad  
de los celos. Detrás, el eco  
impar hasta la decepción  
y un recurso a las íntimas  
campanas del olvido.



La última brazada oscurece el umbral-  
huésped de par en par en la demora -.

Hablo de la ternura concre-  
ta, nada efímera, de las  
despedidas.

m)

Aún sin la estación entre  
los labios. Más tarde  
una tos azul e inoportuna  
y la condescendencia de  
una sola mujer en el tu-  
multo.



Negligencia lúcida de  
los sorteos - por fuera una  
planta cuida esta lujosa  
cobardía.



Esta brasa de aptitud, de  
imagen, de fervor sin luz  
ni negrura.



La inexplicable dicción.

n)

No la tocaron las sábanas  
del viento y su finura de-  
sierta para ceder la ceremo-  
nia. La desnudez de los  
hombros argumenta el  
silencio. Más lejos riman  
las simétricas coronas.



Y ellas, serenas, indolentes, no  
requieren sus sombras; la me-  
lodia cesa en su sonrisa.



Conclusa, se abandona a  
sus perfiles y vive.

o)

Tu ascenso del cuerpo  
hacia si mismo; el aga-  
sajo solar de los mur-  
mullos.



Innecesario rueda el  
brazalete del cielo y  
sola se sienta entre  
perdidos.



p)

La lluvia entiende el orden  
consumado, las mutilaciones  
del reto.



El transcurso abre la  
ley, la promisión misma del  
crimen. Ese pan recluye la  
historia, las voces sexuales del  
llano y la estribación donde  
la muerte disimula.

q)

Se curva en el hecho, hilos sin  
rescate, al sesgo se insurge.



Con pizarras sepultan el otoño.



Su aurora celada bruñe la ve-  
la. Sin certezas la confianza  
explora lazos audaces. Un  
encuentro inicia cada fortuna  
del canto, suelta todos los  
objetos. La madrugada entera  
se rinde - nunca lo próximo destruye -  
y el vigor de una absorción en el  
deleite.

17

Godofredo Iosami M.

Casa de Juan Pablo, Sabine, Antonin

París. Noviembre 1978.-



a)

La admisión se expande  
en los muebles. Su cabellera  
alarga el espejo, los pies  
seducidos del alma.

Su memoria, avanzada  
en lo improbable, palpa la  
gozosa tentativa del cuerpo.

Desnudas alumbran el  
pórtico y la campiña  
retira su distancia.

b)

La piedra se guarda inminente,  
se despegan los bordes  
por donde sale el sueño.

Una casa roza su propia apa-  
riencia, se reúne en animal  
de alabanza.

Otra sonrisa mueve los círculos  
del sigilo; la increíble aventura  
del retablo.

c)

A vista plena no eran  
posibles las coincidencias.

Las densas direcciones del  
condado confiaban en sus  
distingos, en los espejos  
desconocidos.

La rueda sobrelleva una delicadeza  
que ningún soldado soporta y en  
cualquier parte del rigor abre su  
camino.

Había que acceder simultáneamente  
a la exclamación del hecho con la  
risa múltiple del elogio.

En la espesura inicia sus sentidos.

d)

La repetición excluye su  
sombra, figura ideal y calen-  
daria del acento.

Una conducta de umbral em-  
bellece sus palabras, el oleaje  
acidulado de un retorno y  
un eco alienta los gajes del  
viento.

Ella giró apenas la cabeza  
– sus columnas – antes del  
himno.

e)

Sus murmullos tejen el  
agua libre de sus brazos.  
El sol deshace los días  
en aquellas reservas y  
echa a los pájaros su  
confidencia vespertina.

Súbita su luz despliega  
el encaje y, de un filo,  
devuelve el oro a sus en-  
tierras.

Sus manos dilatan las eda-  
des.

f)

Una displicencia duerme  
en la invitación; las  
huertas sordas del alma  
se hunden bajo el paso;  
la realidad se desnuda  
en el río.

En la traición arde la  
joya del reconocimiento,  
la mirada final de las  
estatuas, la sangre que  
detiene la amistad sobre  
sus labios.

El alba construye esta  
denuncia y la ilusión  
se apodera del proceso.

g)

El sueño fragua su  
propio rito como el  
furor su lujo en el  
juicio.

Los restos de la voz  
riñen la palabra  
escondida en la maestría.  
El frío inunda  
el temor de la lámpara  
y la noche estalla  
en su gallo.

Un asentimiento, para  
siempre, distrae los oficios  
y la mirada presta  
sus lágrimas a un eco.

h)

Esta jornada resumida en  
sienes, su frase posa los  
dedos y el desplante de un  
fin en los balcones.

El alma desprende sus arcos,  
la ciencia veloz del sueño en  
la inocencia, el patio entero  
de una pregunta. Su pelo  
retiene esta tarde incompre-  
ensiva, una penumbra desliza  
su caso y la verdad tiembla  
en el rango de su pulso.

Tu mirada madura los cuerpos,  
pero otro mar extraviado  
en el desprecio y la tenue  
distracción del gesto en el  
suplicio.

i)

Un azar disemina la mano,  
la copa involuntaria del ca-  
mino. La admonición levanta  
el aceite y deja los cuer-  
pos al adviento.

La figura declina y suel-  
ta sus perdones y en la piedad  
de sus senos una cara  
encuentra su imagen.

Otro calor anuncia las  
bandadas del deseo.

j)

La paz trabaja los finales,  
el acantilado cruel de las  
ofrendas. Las ropas asesinas  
del martirio mueven la  
oscura legalidad del cuer-  
po, un número izado a su  
cifra.

La libertad regala al otro su  
silencio – en su sed se ahoga  
el desierto del sueño. Pero  
la luz sale de una herida  
hacia el lado del viento –  
sus vínculos cálidos nos en-  
vuelven las rodillas.

k)

Una desapercibida cortesía quita  
la tarde. Ellos soltaron sus  
armas como bordes antojadi-  
zos (la recreación oscura del  
reino).

Es un relato urdido por la car-  
ne y los antiguos vendajes del  
aliento – una arquería de  
brazos en alma cuya blan-  
cura advierte la estación  
pronta y enigmática.

Pero ella se detuvo incompren-  
siva. Muda pupila en la  
dispersión sin recatos, los  
oficios del follaje tienden el  
secreto.

Ciega, precisa y rica, de pie  
sobre el lago. No me toques.



l)

Otro paso cerraría su pie  
de oro invisible en el tor-  
mento o en la avidez  
de la cita.

Sin restos, sus ojos solos  
en la voluptuosa humedad  
de los celos. Detrás, el eco  
impar hasta la decepción  
y un recurso a las íntimas  
campanas del olvido.

La última brazada oscurece el umbral –  
huésped de par en par en la demora –.

Hablo de la ternura concre-  
ta, nada efímera, de las  
despedidas.

m)

Aún sin la estación entre  
los labios. Más tarde  
una tos azul e inoportuna  
y la condescendencia de  
una sola mujer en el tu-  
multo.

Negligencia lúcida, de  
los sorteos – por fuera una  
planta cuida esta lujosa  
cobardía.

Esta brasa de aptitud, de  
imagen, de fervor sin luz  
ni negrura.

La inexplicable dicción.

n)

No la tocaron las sábanas  
del viento y su finura de-  
sierta para ceder la ceremo-  
nia. La desnudez de los  
hombros argumenta el  
silencio. Más lejos riman  
las simétricas coronas.

Y ellas, serenas, indolentes, no  
requieren sus sombras; la me-  
lodía cesa en su sonrisa.

Conclusa, se abandona a  
sus perfiles y vive.

o)

Tu ascenso del cuerpo  
hacia sí mismo; el aga-  
sajo solar de los mur-  
mullos.

Innecesario rueda el  
brazalete del cielo y  
sola se sienta entre  
perdidos.

p)

La lluvia entiende el orden  
consumado, las mutilaciones  
del reto.

El transcurso abre la  
ley, la promisión misma del  
crimen. Ese pan recluye la  
historia, las voces sexuales del  
llano y la estribación donde  
la muerte disimula.

q)

Se curva en el hecho, hilos sin  
rescate, al sesgo se insurge.

Con pizarras sepultan el otoño.

Su aurora celada bruñe la ve-  
la. Sin certezas la confianza  
explora lazos audaces. Un  
encuentro inicia cada fortuna  
del canto, suelta todos los  
objetos. La madrugada entera  
se rinde – nunca lo próximo destruye –  
y el vigor de una absorción en el  
deleite.

